

TEXTO: **SOBRE VERDAD Y MENTIRA EN SENTIDO EXTRAMORAL**

Friedrich Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Obras Completas, vol. I, Ediciones Prestigio, Buenos Aires 1970, pp. 543-556.

EPÍGRAFES:

- I.- [La función de la inteligencia humana.]
 - II.- [El impulso hacia la verdad.]
 - III.- [La inteligencia humana en sociedad desarrolla el lenguaje.]
 - IV.- [La formación de los conceptos]
 - V.- [La verdad]
 - VI.- [El origen del impulso hacia la verdad]
 - VII.- [El sentido de las leyes naturales]
 - VIII.- [La construcción de los conceptos]
 - IX.- [El impulso a la elaboración de metáforas]
 - X.- [Contraposición entre el hombre intuitivo y el hombre racional]
-

I.- [La función de la inteligencia humana.]

En algún rincón apartado del Universo rutilante, configurado en innúmeros sistemas solares, hubo una vez un astro donde animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue aquél el minuto más arrogante y mendaz de la "Historia Universal"; pero tan sólo un minuto, en fin. Al cabo de pocas respiraciones más de la **Naturaleza** se petrificó el astro en cuestión, y perecieron los animales inteligentes. -Pudiera uno inventar tal fábula, y sin embargo, no alcanzaría a ilustrar cabalmente lo pobre, precario y efímero, lo útil y contingente, del **intelecto** humano dentro de la Naturaleza. Han transcurrido eternidades sin que él existiera; cuando se haya extinguido, no habrá pasado nada. Pues no hay para este intelecto ninguna misión ulterior que apunte a más allá de la vida humana. Es cosa del hombre, y únicamente su dueño y progenitor lo considera con tal *pathos* que cualquiera diría que giran en él los goznes del universo. Sin embargo, si nos fuese dable comunicarnos con la mosca, nos enteraríamos de que también ella cruza el aire con tal *pathos* y se siente el centro volante del Universo. Nada hay en la Naturaleza tan subalterno y vil que al más leve soplo de aquel poder de **conocimiento** no se inflaría al instante cual una manguera; y así como cualquier estibador quiere ser admirado, el hombre más orgulloso, el **filósofo**, hasta cree que desde todos lados los ojos del universo están telescópicamente fijos en su acción y su pensamiento.

No deja de ser extraño este poder del intelecto, el cual sin embargo, no es más que un recurso de los seres más desdichados, más delicados, más efímeros, que durante un minuto los retiene en la existencia, de la que, sin este aditamento, tendrían todas las razones del mundo para fugarse tan rápidamente como el hijo de Lessing. Esa soberbia ligada al conocimiento y sentimiento envuelve los ojos y sentidos de los hombres en nieblas falaces y los engaña sobre el **valor** de la existencia, por cuanto valora el conocimiento del modo más halagador. Su efecto más general es engaño; mas aun los efectos más específicos tienen algo de este carácter .

II.- [El impulso hacia la verdad.]

El intelecto, como medio de asegurar la supervivencia del individuo, donde desarrolla sus principales fuerzas es en el fingimiento; pues éste es el medio por el cual sobreviven los individuos débiles, menos robustos, a los que está vedado luchar por su existencia con cuernos o recia dentadura de fiera. En el hombre culmina el arte del fingimiento; en él el engaño, el halago, la mentira y el fraude, la hipocresía, la simulación, el vivir con brillo ajeno, el enmascaramiento, el convencionalismo falaz, el hacer la comedia ante sí mismo y los demás, en una palabra, el constante revoloteo alrededor de la sola llama "Vanidad" es hasta tal punto regla y ley que, casi, no hay nada tan inconcebible como el hecho de que entre los hombres haya podido desarrollarse un honesto y puro **impulso a la verdad**. Están ellos sumergidos en ilusiones y fantasmagorías; su mirada no hace más que deslizarse por sobre la superficie de las cosas, percibiendo "formas"; su sentir no conduce en parte alguna a la **verdad**, sino que se contenta con recibir estímulos y entretenerse, como si dijéramos, con un jugueteo tanteo del lomo de las cosas. Además, durante toda su vida el hombre de noche se deja engañar en sueños, sin que jamás su sentimiento moral haya tratado de impedirlo cuando, según dicen, existen personas que a fuerza de voluntad han logrado dejar de roncar. ¡Qué sabe el hombre, en definitiva, de sí mismo! Ni siquiera es capaz de visualizarse a sí mismo cabalmente, tendido como está dentro de una campana de cristal iluminada! ¿No le soslaya la Naturaleza el conocimiento de la mayor parte de las cosas, incluso por lo que a su propio cuerpo se refiere, confinándolo, al margen de las circunvoluciones de sus intestinos, el rápido flujo de los torrentes sanguíneos, las vibraciones de las intrincadas fibras, a una **conciencia** tan orgullosa como falaz? Ha tirado la llave; y ¡ay de la curiosidad fatal que pudiera atisbar por una rendija desde el cuarto de la conciencia y adivinara que el hombre está asentado en lo implacable, lo ávido, lo insaciable, lo asesino, en la indiferencia de su ignorancia, dijérase encaramado, soñando, en el lomo de un tigre! ¿De dónde le viene, dado este estado de cosas, el impulso a la verdad?

III.- [La inteligencia humana en sociedad y el lenguaje.]

En la medida en que el individuo quiere hacerse valer frente a otros individuos, en el estado natural de las cosas usa el intelecto, en general, solamente a los fines de fingimiento, mas puesto que el hombre, por necesidad y por aburrimiento, quiere al mismo tiempo existir como ser sociable, organizado en rebaño, tiene necesidad de entenderse con sus semejantes y trata de eliminar de su mundo al menos el más grande *bellum omnium contra omnes*. Este entendimiento trae consigo algo que se diría el primer paso hacia la adquisición de ese enigmático impulso a la verdad. Pues se puntualiza, entonces, qué debe en adelante ser "verdad", es decir, se inventa una denominación de las cosas válida y obligatoria para todos y la legislación del **lenguaje** dicta también las primeras leyes en materia de verdad; pues se origina entonces, por primer vez, la oposición entre verdad y mentira. El mentiroso usa las denominaciones convencionales, las palabras, para hacer pasar por real lo que no es real; dice por ejemplo: "soy rico", cuando el término correcto para denominar su condición sería, precisamente, "pobre". Abusa del rígido esquema convencional trastrocando, cuando no invirtiendo, a su antojo las denominaciones. Cuando así lo hace en forma egoísta y por lo demás perjudicial para el bien común, la sociedad ya no le cree y, así, lo expulsa de su comunidad. Reaccionan así las gentes, no tanto para evitar ser engañadas, sino más bien para impedir que el engaño perjudique sus intereses; también en esta fase lo que aborrecen no es, en rigor, el engaño en sí, sino las consecuencias graves, adversas, de determinadas modalidades de engaño. También a la verdad aspira el hombre meramente en tal sentido limitado: apetece las consecuencias agradables, positivas, de la verdad; no le interesa el conocimiento puro, sin consecuencias, siendo incluso hostil a las verdades susceptibles de surtir efectos perjudiciales y destructivos. Además, ¿qué hay con esos convencionalismos del lenguaje? ¿Son productos del conocimiento, del sentido de la verdad? ¿Hay concordancia entre los términos y las cosas? ¿Es el lenguaje la expresión adecuada de todas las realidades?

Sólo por olvido puede el hombre jamás llegar a creer que posee una "verdad" en el grado que acabo de señalar. A menos que quiera contentarse con la verdad en forma de tautología, esto es, con la posesión de cápsulas vacías, siempre se quedará con ilusiones, en vez de verdades. ¿Qué es la palabra? La reproducción en sonidos de un estímulo nervioso. Mas inferir del estímulo nervioso una causa extrínseca es ya el resultado de una aplicación errónea e ilícita del principio de raciocinio. Si en la génesis del lenguaje hubiese sido el exclusivo criterio la verdad; si en las denominaciones lo hubiese sido el punto de vista de certeza, ¿cómo tendríamos derecho a decir: la piedra es dura? ¡Como si "duro" nos fuese conocido, no tan sólo como sensación del todo subjetiva sino también por lo demás! Clasificamos las cosas por géneros; calificamos el árbol de masculino y la planta de femenina y ¡qué arbitraria es semejante transferencia! ¡Qué manera de pasar más allá del canon de la certeza! Hablamos de "serpiente"; pero el término no sugiere más que el retorcerse, quiere decir que lo mismo podría corresponder al gusano. ¡Qué antojadizas delimitaciones! ¡Qué manera tan unilateral de poner el acento ora en ésta, ora en aquella propiedad de una cosa! Comparando los distintos idiomas, se comprueba que lo que en las palabras se busca no es jamás la verdad, sino una expresión adecuada, o si no, no habría tal diversidad de lenguas. La "**cosa en sí**" (que tal sería la verdad pura, sin consecuencias) es también para el hacedor de la lengua algo del todo inconcebible y en modo alguno apetecible. Él se limita a denominar las relaciones en que se hallan las cosas con respecto al hombre, y para expresarlas recurre a las más audaces **metáforas**. ¡Un estímulo nervioso, traducido en una imagen! Primera metáfora. ¡La imagen, a su vez, transpuesta en un sonido! Segunda metáfora. Y en cada caso un total salto de una esfera a otra totalmente distinta y nueva. Imaginemos a un hombre completamente sordo y que nunca haya oído ningún sonido, ninguna música; así como tal hombre se asombra, digamos ante las figuras acústicas de Chladni dibujadas en la arenilla, y encuentra su causa en la vibración de la cuerda, quedando entonces firmemente convencido de saber lo que los hombre llaman "sonido", nos pasa a todos respecto del lenguaje. Creemos saber algo de las cosas mismas cuando hablamos de árboles, colores, nieve y flores; sin embargo, no tenemos más que metáforas de las cosas, que no corresponden en absoluto a las verdaderas entidades. Del mismo modo que el sonido se presenta como configuración de la arenilla, la misteriosa X de la cosa se presenta como estímulo nervioso, luego como imagen y por último como sonido. Los cierto es, pues, que a la génesis del lenguaje no preside la lógica y que todo el material con que trabaja y construye luego el hombre dedicado a la verdad, el investigador, el filósofo, proviene, si no del reino de Utopía, en todo caso no de la esencia de las cosas.

IV.- [La formación de los conceptos]

Echemos una mirada particular a la formación de los **conceptos**. Toda palabra adquiere inmediatamente categoría de concepto por la circunstancia de que no ha de servir para recordar la experiencia primitiva, única y específicamente individual que le ha dado origen, sino ha de corresponder a innumerables casos más o menos análogos, es decir, nunca rigurosamente iguales, en una palabra, a un sinnúmero de casos entre los cuales no hay ni dos que sean iguales. Todo concepto se origina en virtud de un acto del hombre consciente en iguales cosas que no son iguales. Si es cierto que no hay ni dos hojas que sean absolutamente iguales, no es menos cierto que el concepto de hoja reconoce como origen un arbitrario acto de supresión de estas diferencias individuales, de olvido de lo distinto, y da lugar a la noción de que además de las hojas existe en la Naturaleza algo que es "hoja", algo así como un arquetipo de acuerdo con el cual están conformadas, dibujadas, coloreadas, recortadas, pintadas todas las hojas, pero por manos torpes, así que ningún ejemplar resulta una reproducción fiel y correcta del arquetipo. Calificamos a fulano de tal de "honesto", preguntamos: ¿por qué ha obrado en forma honesta? y nuestra respuesta suele ser ésta: a causa de su honestidad. ¡La honestidad! Quiere esto decir, una vez más: la hoja es la causa de las hojas. Nada sabemos de una cualidad esencial llamada "la honestidad", sí de numerosos actos individuales, vale decir, desiguales, que igualamos dejando de lado cuanto los distingue entre sí y, entonces, llamamos actos honestos; por último, sobre la base de ellos formulamos una *qualitas occulta*, con el nombre de "la honestidad". Pasando por alto lo individual y concreto, obtenemos el concepto, así como por lo demás la forma, siendo así que la Naturaleza no sabe de formas ni de conceptos, ni tampoco, por consiguiente, de especies, sino tan sólo de una X inaccesible e indefinible para el hombre. Pues también nuestra oposición entre individuo y especie es de carácter antropomórfico y no se deriva de la esencia de las cosas, aun cuando no nos atrevemos a afirmar que no le corresponde; pues se trataría de una afirmación dogmática y, como tal, tan indemostrable como la afirmación contraria.

V.- [La verdad]

¿Qué es, pues, verdad? Respuesta: una multitud movable de metáforas, metonimias y antropomorfismos, en una palabra una suma de relaciones humanas poética y retóricamente potenciadas, transferidas y adornadas que tras prolongado uso se le antojan fijas, canónicas y obligatorias a un pueblo. Las verdades son ilusiones que se han olvidado que lo son, metáforas gastadas cuya virtud sensible se ha deteriorado, monedas que de tan manoseadas han perdido su efigie y ya no sirven como monedas, sino como metal.

VI.- [El origen del impulso hacia la verdad]

Ignoramos todavía de dónde proviene el impulso a la verdad; pues hasta aquí solo nos hemos enterado de la obligación que establece la sociedad para existir: ser veraz, esto es, usar las metáforas corrientes; o moralmente hablando: mentir con arreglo a un esquema convencional, mentir colectivamente en un estilo obligatorio para todos. Por cierto que el hombre, se olvida de este estado de cosas; quiere esto decir que miente del modo apuntado, inconscientemente, en virtud de secular habituación; y precisamente *por esta inconciencia*, este olvido, llega al sentido de la verdad. El sentimiento de estar obligado a calificar esta cosa de "roja", aquélla de "fría" y la de más allá de "muda" genera un impulso moral referido a la verdad; por la antítesis del mentiroso en quien nadie confía y al que todos excluyen se demuestra el hombre lo honesto, entrañable y útil de la verdad. Coloca entonces sus actos, como ser "racional", bajo el imperio de las nociones abstractas. Ya no quiere ser arrastrado por las súbitas impresiones, las percepciones sensibles, primero generaliza todas sus impresiones, transformándolas en conceptos pálidos y fríos, para uncirlas en esta forma al carro de su vida y acción. Cuanto diferencia al hombre del animal depende de esta facultad de diluir las metáforas expresivas en un esquema, esto es, de disolver una imagen en un Concepto. Pues en el dominio de esos esquemas es factible algo que bajo el régimen de las inmediatas impresiones sensibles no podría lograrse jamás: establecer un orden piramidal basado en castas y grados, un mundo nuevo de leyes, prerrogativas, jerarquías y delimitaciones que se contraponen al mundo sensible de las inmediatas impresiones como instancia más fija, más general, más conocida y humana y, por ende, reguladora e imperativa. En tanto que toda metáfora expresiva es individual y rigurosamente única, escapando así a toda tentativa de clasificación, el ingente edificio de los

conceptos ostenta rígida regularidad de colunbario romano y trasunta en la lógica esa estrictez y frígida sobriedad propias de las matemáticas. Quien es rozado por este soplo frío se resiste a creer que aun el Concepto, siendo como es duro y anguloso como un dado, y tan movable como tal, venga a ser el resto de una metáfora y que la ilusión inherente a la transposición artística de un estímulo nervioso en imágenes sea, si no la madre, sí la abuela de todos los conceptos. Mas dentro de este juego de dados de los Conceptos llámase "verdad" el usar cada uno de los dados tal como está marcado, contar exactamente sus puntos, establecer clasificaciones Correctas y no violar nunca el orden de castas y la escala jerárquica. Así como los romanos y los etruscos subdividían el cielo por rígidas líneas matemáticas ya cada una de las áreas de tal modo delimitadas confinaban, cual a un *templum*, una divinidad, cada pueblo tiene tendido encima de sí tal matemáticamente subdividido cielo de Conceptos y entiende por postulado de verdad el que cada divinidad Conceptual debe ser buscada exclusivamente en su propia esfera. En este respecto cabe ciertamente admirar al hombre como un formidable genio Constructor que sobre fundamentos movedizos, como si dijéramos sobre agua que fluye, logra levantar un edificio Conceptual infinitamente complejo; claro que éste, para asentarse firmemente en tales fundamentos, ha de ser un edificio como hecho de telarañas, lo bastante ligero para poder ser transportado por las olas, lo bastante sólido para resistir al viento. Como genio constructor se eleva, así, el hombre muy por encima de la abeja: ésta construye con cera, que extrae de la Naturaleza; aquél, con la substancia mucho más delicada de los conceptos, que debe fabricar en sí mismo. En este respecto ciertamente se hace acreedor a una profunda admiración, pero en modo alguno por su impulso a la verdad, al conocimiento puro de las cosas. Cuando uno esconde una cosa tras un arbusto y luego la busca y, en efecto, la encuentra allí, no hay nada de glorioso en este buscar y encontrar; mas así es como queda caracterizado el buscar y encontrar la "verdad" dentro de la esfera de la razón. Cuando defino el mamífero y luego, al ver un camello, declaro: "he aquí un mamífero", por supuesto que expreso una verdad, pero esta verdad es de reducido valor, quiero decir, es en un todo de carácter antropomórfico y no contiene absolutamente nada que sea "verdadero en sí", real y de validez universal al margen de la órbita humana. Quien va en busca de tales verdades busca, en última instancia, meramente, la metamorfosis del Universo en los hombres; se esfuerza por aprehender el Universo como una cosa antropomórfica y conquista, cuando más, una sentimiento de una asimilación. Así como el astrólogo considera a los astros referidos al hombre y relacionados con las venturas y desventuras humanas, tal investigador concibe el universo como algo atado al hombre, como el eco infinitamente quebrado de un sonido primario, del hombre, como la múltiple reproducción de un único arquetipo, del hombre. Su método consiste en tomar al hombre como la medida de todas las cosas, partiendo sin embargo de la creencia errónea de que estas cosas le son inmediatamente dadas, como objetos en sí. Quiero esto decir que se olvida de que las originales metáforas expresivas son metáforas y las toma como las cosas mismas.

Únicamente gracias al olvido de ese primitivo mundo de metáforas, a la solidificación y petrificación de una masa de imágenes que en un tiempo brotó cual lava incandescente del poder primario de la imaginación humana, a la creencia irreductible de que *tal sol, tal ventana, tal mesa* es una verdad en sí, en una palabra, únicamente en virtud del hecho de que olvida su condición de sujeto, de sujeto *artísticamente creador*, el hombre vive con alguna tranquilidad seguridad y consecuencia; si pudiese escaparse aunque más no fuera por un instante de la cárcel de esta creencia, se acabaría al momento su "conciencia de sí mismo". Le cuesta admitir ante sí mismo siquiera que el insecto, el pájaro perciben muy otro mundo que el ser humano y que no tiene sentido preguntar cuál de las dos percepciones del mundo es más justa, toda vez que para resolver esta cuestión debiera aplicarse el criterio de *percepción justa*, es decir, un criterio que *no existe*. Por lo demás, la "percepción justa"-término que significaría la expresión adecuada de un objeto en el sujeto- se me antoja un contrasentido; pues entre dos esferas radicalmente distintas, como lo son el sujeto y el objeto, no media ninguna causalidad, ninguna adecuación, ninguna expresión, sino a lo más un comportamiento *estético*, quiero decir, un transferir alusivo, un balbuciente traducir a una lengua extraña; para lo cual es menester, en todo caso, una esfera y fuerza mediadora que elabore e invente libremente. El término "apariencia" comporta muchas seducciones, por lo que lo evito en lo posible; pues no es cierto que la esencia de las cosas aparezca en el mundo empírico. Un pintor sin manos que quiera representar por medio del canto la imagen que su ojo mental percibe, en tal trastrueque de esferas, con todo, revelará más de lo que revela el mundo empírico acerca de la esencia de las cosas. Ni aun la relación de un estímulo nervioso con la imagen producida tiene en sí carácter forzoso; lo que pasa es que tras haber sido ésta producida millones de veces y transmitida

por herencia a través de muchas generaciones y, así, terminar por presentarse en todos los hombres como consecuencia del mismo motivo, por último cobra para el individuo significación de única, forzosa, imagen como si el estímulo nervioso original se halla con la imagen tradicional en una estricta relación causal; del mismo modo que un sueño, si eternamente se repitiese, sería sentido y juzgado en un todo una realidad. Pero no por solidificarse y petrificarse una metáfora queda demostrada su forzosidad y exclusiva justificación.

VII.- [El sentido de las leyes naturales]

Seguramente todo el que esté familiarizado con tales consideraciones ha sentido un profundo recelo hacia semejante idealismo toda vez que se haya compenetrado de la eterna consecuencia, omnipresencia e infalibilidad de las **leyes naturales**, habiendo sacado esta conclusión: aquí, hasta donde penetramos hacia las alturas del mundo telescópico no menos que las simas del mundo microscópico, todo es tan seguro, tan acabado, tan infinito, sujeto a ley y completo.; la ciencia para siempre habrá de cavar con éxito en estos pozos, y todo lo que extraiga estará en consonancia y no comportará con- tradición alguna. Cuán poco se parece esto a un producto de la fantasía; pues si tal fuese, en alguna parte habría de dejar traslucir la apariencia e irrealidad. Frente a esto, cabe decir por lo pronto que si cada cual tuviese una específica capacidad perceptiva, si éste percibiese exclusivamente al modo del pájaro, aquél al modo del gusano y el de más allá al modo de la planta, o si una misma sensación impresionase a éste como color rojo, a aquél como color azul y al de más allá hasta como sonido, nadie hablaría de tal legalidad de la Naturaleza, sino que todo el mundo la concebiría como una cosa subjetiva en grado sumo. Además, ¿qué es para nosotros una ley natural? No nos es conocida en sí, sino tal sólo a través de sus efectos, esto es, de sus relaciones con otras leyes naturales, las cuales, a su vez, nos son conocidas solamente como sumas de relaciones. Quiere esto decir que todas estas relaciones simplemente se refieren unas a otras, siendo en su esencia del todo ininteligibles; sólo conocemos realmente en ellas lo que nosotros aportamos: el **tiempo**; el **espacio**, esto es, relaciones de sucesión y números. Todo lo maravilloso que admiramos precisamente en las leyes naturales, que pide nuestra explicación y podría llevarnos a desconfiar del idealismo reside única y exclusivamente en la matemática estricta e infalibilidad de las nociones tempo-espaciales. Mas estas nociones las elaboramos en nosotros y extraemos de nosotros con la misma forzosidad con que la araña teje su tela; puesto que estamos forzados a aprehender todas las cosas exclusivamente bajo estas formas, no es de extrañar que en todas las cosas no aprehendamos, en definitiva, sino estas formas: pues todas ellas comportan por fuerza las leyes del número, y el número es precisamente lo que de más asombroso tienen las cosas. Toda la legalidad que tanto nos impresiona en las órbitas de los astros y en el proceso químico son, en definitiva, las propiedades que nosotros mismos introducimos) en las cosas, siendo pues nosotros mismos los que con ellas nos impresionamos. Por cierto que esa elaboración artística de metáforas con que comienza en nosotros todo sentir supone ya aquellas formas, quiere esto decir que tiene lugar en ellas; sólo por la perduración inmutable de dichas formas primarias se explica el que luego haya podido levantarse sobre el fundamento de las metáforas un edificio de los conceptos. Éste viene a ser una imitación de las relaciones tempo-espaciales y numéricas sobre la base de las metáforas.

2

VIII.- [La construcción de los conceptos]

En la construcción del edificio de los conceptos, como hemos visto trabaja originalmente el *lenguaje*, en tiempos posteriores la *ciencia*. Así como la abeja a un tiempo trabaja en la construcción de los alvéolos y se atarea en llenarlos de miel, la ciencia trabaja sin cesar en el ingente columbario de los conceptos, esa necrópolis de las percepciones, construye cada vez nuevos y más altos pisos, consolida, limpia y renueva las celdas viejas y, sobre todo, se afana por llenar ese entramado colosal y acomodar en él todo el mundo empírico, esto es, el mundo antropomórfico. Aun el hombre de acción liga su vida a la razón y sus conceptos para no ser arrastrado, no perderse a sí mismo; lo que es el investigador, se instala al pie de la Torre de la Ciencia par poder cooperar en su construcción a la vez que acogerse al amparo que brinda la mole ya existente. y por cierto que necesita protección, pues existen potencias terribles que constantemente lo acometen y que oponen a la "verdad" científica "verdades" muy diferentes, provistas de muy diversos emblemas.

IX.- [El impulso a la elaboración de metáforas]

El impulso a la elaboración de metáforas, ese impulso fundamental del hombre, que no puede ser eliminado ni por un instante porque ello significaría la eliminación del hombre mismo, no por haberse construido con sus productos volatilizados, los conceptos, un mundo nuevo, regular y rígido, para que le sirva de castillo fuerte, está realmente dominado, apenas sí domado. Se busca él un nuevo campo de acción y otro cauce, y lo encuentra en el mito, y, en términos generales, en el **arte**. Entremezcla constantemente las rúbricas y celdas de los conceptos, estableciendo nuevas transposiciones, metáforas y metonimias; evidencia en todo momento un afán de rehacer el mundo existente del hombre lúcido, de hacerlo tan abigarrado e irregular, tan inconexo, tan sugestivo y eternamente nuevo como es el mundo de los sueños. Mirándolo bien, únicamente por el tejido rígido y regular de los conceptos sabe el hombre lúcido que está lúcido; así es que por veces, cuando el arte desgarrar ese tejido de los conceptos, llega a creer que está soñando. Afirma con fundamento Pascal que si todas las nochesuviésemos el mismo sueño, nos ocuparíamos con él tanto como con las cosas que vemos todos los días: "si un artesano soñase noche tras noche, durante doce horas, que es rey", dice, "creo que se sentiría tan feliz como un rey que noche tras noche, durante doce horas, soñase que es artesano". El estado lúcido de un pueblo míticamente excitado como fueron los griegos de los primitivos tiempos de la Hélade, a causa del prodigio constantemente operante que el **mito** supone se parece, en efecto, más al sueño que a la lucidez del pensador científicamente ensombrecido. Si cualquier árbol es susceptible de hablar como una ninfa, si bajo forma de toro puede un dios raptar doncellas, si la misma diosa Atenea es vista de repente en momentos en que en un carro tirado por hermosos caballos recorre acompañada de Pisístrato, las plazas de Atenas -y el honrado ateniense así lo creía-, como en los sueños en cualquier momento, cualquier cosa puede ocurrir y la Naturaleza toda ronda al hombre como si ella no fuese sino mojiyanga de los dioses dados a engañar al hombre bajo toda clase de disfraces.

Mas el hombre mismo tiene una irreductible propensión a dejarse engañar y está como traspasado de una dicha inefable cuando el rapsoda le narra cuentos épicos como si se tratase de hechos reales o el actor en escena representa al rey aún más rey de lo que lo muestra la realidad. El intelecto, ese maestro del fingimiento, está libre y eximido de su habitual servidumbre mientras sepa engañar sin *perjudicar*, y en tales momentos celebra sus saturnales. Nunca como entonces es tan rico y exuberante, tan soberbio, hábil y atrevido, con un íntimo gozo creador baraja las metáforas y desplaza los mojones de las ideas abstractas, designando por ejemplo el río como el camino móvil que transporta al hombre a donde éste de ordinario va caminando. Ahora ha arrojado el signo de la servidumbre; en tanto que de ordinario se esfuerza con tétrico afán por señalarle a un pobre individuo ansioso de existencia el camino y los instrumentos, y cual un sirviente se lanza en busca de presa y botín para su amo, ahora él mismo se ha convertido en amo y le es dable borrar de su faz la expresión de indigencia. Ahora, haga lo que haga, todas sus acciones tienen carácter de fingimiento, en contraste con el de distorsión que de ordinario tienen. Copia la vida humana, mas la toma como algo bueno y parece lo más contento con ella. Ese ingente entramado de los conceptos al que se aferra el hombre indigente, logrando así sobrevivir, es para el intelecto emancipado un mero andamiaje y juguete para sus más atrevidas acrobacias; y al destrozarlo, entremezclarlo y volverlo a componer irónicamente, juntando las cosas más heterogéneas y separando lo más afín, pone en evidencia que no tiene necesidad de esos expedientes de la indigencia y no es guiado por conceptos, sino por intuiciones. Desde esas intuiciones no lleva ningún camino regular al país de los fantasmales esquemas, de las ideas abstractas; por ellas no está hecha la palabra, ante ellas el hombre enmudece o bien habla a base de metáforas prohibidas y de inauditas construcciones conceptuales, para corresponder en forma creadora a su poderosa intuición actual, al menos, destruyendo y escarneciendo las antiguas vallas conceptuales.

X.- [Contraposición entre el hombre intuitivo y el hombre racional]

Tiempos hay en que se dan juntos el hombre racional y el hombre intuitivo, aquel temiendo a la intuición y éste, mofándose de la abstracción; el segundo, tan irracional cuan antiartístico el primero. Uno y otro pretenden gobernar la vida: aquél, sabiendo hacer frente, por previsión, prudencia y regularidad, a los apremios principales; éste, pasando por alto, como "héroe pletórico y alegre", esos apremios y tomando como real únicamente la vida acondicionada en ficción y belleza. Cuando, como en los primitivos tiempos de Grecia, el hombre intuitivo manipula sus armas en forma

más potente y victoriosa que su contrincante, de ser favorables las circunstancias, puede desarrollarse una cultura y establecerse el señorío del arte sobre la vida. Entonces, esa negación de la indigencia, ese esplendor de las concepciones metafóricas y, en términos generales, esa inmediatez del engaño acompañan todas las manifestaciones de la vida. Entonces, ni la vivienda ni el andar, la indumentaria ni la tinaja revelan que son producto de la necesidad; parece que en todo esto hubiera de expresarse una dicha sublime y una radiante serenidad olímpica y, por decirlo así, un jugar con la seriedad. En tanto que el hombre guiado por conceptos y abstracciones meramente previene por medio de ellos la calamidad, sin extraer de las abstracciones una felicidad, aspirando, nada más, a librarse en lo posible del dolor, el hombre intuitivo, desenvolviéndose en medio de una cultura, deriva de sus mismas intuiciones, aparte de la defensa con el mal, un constante caudal de claridad, cielo despejado y redención. Claro que, cuando sufre, su sufrimiento es más intenso; hasta sufre con mayor frecuencia, porque no sabe aprender las lecciones de la experiencia y se mete siempre de nuevo en el mal trance en que una vez se ha metido. y en el sufrimiento adopta la misma actitud irracional que en la felicidad; profiere gritos agudos y no halla consuelo alguno. ¡Muy otro es en la adversidad el comportamiento del hombre estoico, aleccionado por la experiencia y firmemente apoyado en conceptos! Él, que de ordinario no busca sino sinceridad, verdad, un desenvolvimiento libre de engaños y protección contra los embates de la seducción, en la adversidad exhibe plenamente su habilidad para fingir, tal como el otro en la felicidad; no presenta un semblante humano cambiante y estremecido, sino, en cierto modo, una máscara dignamente inmutable; no grita, ni siquiera se altera su voz; cuando se abate sobre él un lóbrego nubarrón tormentoso, se envuelve en su manto y se aleja con paso lento.

GLOSARIO

ARTE (*Kunst*): La canalización del mito. La asunción de la realidad como apariencia, belleza y dolor a conjurar. Encarnado en la cultura griega –según Nietzsche– consigue jugar con la realidad. Mas allá de la inteligencia y del concepto, mas allá las palabras, juega. Ver **arte**.

CONCEPTO (*Begriff*): Imágenes gastadas, metáforas olvidadas. Son generalizaciones útiles para la ciencia y para la vida que no expresan el ser mismo de la realidad.

CONCIENCIA (*Bewusstsein*): Fenómeno superficial de la vida humana, no el gozne central de la filosofía y de la vida como supone la filosofía singularmente desde Descartes. Es orgullosa pero es falsa porque no sabe que su fundamento es irracional. Un producto, no un punto de partida. Resuelve necesidades.

CONOCIMIENTO (*Erkenntnis*): en este texto, lo identifica con la ciencia, sería su contenido– es la pretensión absoluta de verdad– de acceso al ser de la realidad y por tanto, mentira. No hay, según Nietzsche, una pura y desinteresada voluntad de verdad. Hay criterios de utilidad, intereses. **Conocimiento**.

COSA EN SI (*Ding an Sich*): La realidad misma, la esencia de la realidad. Algo incognoscible para la ciencia.

ESPACIO (*Raum*): Puede leerse en este texto como una forma a priori de la sensibilidad, tal como lo entendía Kant. Ver **espacio**.

FILOSOFÍA (*Philosophie*): En cuanto quiere ser conocimiento, impulso socrático de racionalizar la realidad, es mentira. La otra alternativa sería el filósofo trágico. Ver **filosofía**.

IMPULSO A LA VERDAD (*Trieb zur Wahrheit*): Después se llamará voluntad de verdad. El impulso que busca la verdad no es el de la vida; tampoco es desinteresado, solo útil. Ver **verdad**.

INTELECTO (*Intellekt*): facultad humana que pone aquello que da garantía y fiabilidad a la ciencia. Nietzsche se mueve aquí en la órbita de Kant, a través de Schopenhauer. Ver **intelecto**.

INTUICIÓN (*Intuition*): la alternativa al concepto, al hombre científico. Algo propio del artista o del filósofo trágico. Recrea metáforas y se mueve en un universo mítico y artístico.

LENGUAJE (*Sprache*): El origen del lenguaje es irracional y fundamentalmente metafórico. No es adecuado para la pretensión de verdad. Ver **lenguaje**.

LEY DE LA NATURALEZA (*Naturngesetz*): Lo que –kantianamente– ponemos en la naturaleza para después, sorprendemos de nuestro hallazgo.

METAFORA (*Metapher*) : En el sentido peyorativo que Nietzsche le da aquí, es un término figurado, producto de la imaginación que, una vez gastado, olvidado su origen, se le llama concepto. Otra cosa es si, viva, sirve al mito.

MITO (*Mythus*): Frente a la ciencia, que es conocimiento y dominio del hombre racional y su conciencia, el mito es el patrimonio del hombre intuitivo, del artista. El fundamento del encantamiento de la naturaleza.

NATURALEZA (*Natur*): Sería el nombre de la realidad total. Es una incógnita, una x inaccesible e incognoscible para el hombre en su pretensión de conocer. Algo radicalmente irracional. Reencantable por el mito y el artista. Ver **naturaleza**.

TIEMPO (Zeit): Para Kant tiempo y espacio son estructuras vacías que impone la mente al conocer. Ahora en Nietzsche hacen el mismo papel. En el Nietzsche posterior la cuestión del tiempo, la eternidad y el eterno retorno son bastante mas complejas. Ver [tiempo](#).

VALOR (Wert): Uno de los temas propios de Nietzsche. La realidad no se medirá conforme a criterios de verdad-error sino bueno-malo para la vida.

VERDAD (Wahrheit) : Si la verdad se entiende como la manifestación de lo que hay en sentido absoluto entonces la ciencia y el conocimiento derivado de ella es un error. Es, en sentido extramoral, mentira. Ver [verdad](#).